



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL C. ALVARO OBRBEGÓN EN EL  
MITÍN EFECTUADO EN MONTERREY, EL DÍA 4 DE  
ABRIL DE 1920.

“Hay que decir la verdad, aunque sea motivo de escándalo”, decía un renombrado santo. “Hay que decir la verdad,” decía don Belisario Domínguez, y formulando un testamento y despidiéndose de sus familiares, llegó hasta la tribuna de la Cámara, y honrando la tribuna, honrando la Cámara y honrando a la Patria, dijo la verdad y su cabeza rodó por el suelo; pero así selló con su sangre una de las páginas más gloriosas de nuestra Historia. Ahora, nosotros exclamamos: hay que decir la verdad, aunque ésta sea considerada como injuria por los déspotas.—(Aplausos).—¡Desdichada la causa que se cubre con el manto de la hipocresía: su vida será siempre efímera; su desenvolvimiento siempre será raquítrico y tendrá como epílogo la caída de sus falsos apóstoles al peso de las iras populares, cuando éstas levanten el velo de la hipocresía y descubran a los falsos libertadores con toda su ignominiosa desnudez!—(Aplausos).

“Se ha injuriado al Presidente de la República”, decían ayer los pretores de Tampico, porque señalamos con toda verdad y con todo civismo el peligro-

so error que está cometiendo el Gobierno al tratar de imponer una candidatura que el pueblo no estima, porque no conoce al candidato. "Se ha injuriado al Ejército", decían esos mismos hombres, porque señalamos con energía muchos de los actos inmorales que cometen algunos altos jefes del Ejército, en pugna con la moral y con el prestigio que debe tener una institución a la que está encomendada la defensa de la dignidad nacional y las instituciones de la Patria. ¡Injuriar yo al Ejército, yo, que pertencí a esa gloriosa legión que regó con su sangre toda la extensión de la República! ¡Insultar yo al Ejército, yo, que supe de sus miserias y que con él compartí los peligros y las alegrías! ¡Insultar yo al Ejército, yo, que dejé una parte de mi cuerpo en las luchas que ese Ejército sostuvo en defensa de nuestras libertades, sería traicionar, con la mano que me queda, a la mano que perdí defendiendo los derechos del pueblo!—(Grandes aplausos.)

La verdad se abre paso. La verdad es lenta, pero siempre llega. En el fondo de los atentados de Tampico, se descubre una de tantas maniobras con que se quieren apagar los anhelos de un pueblo ansioso de conquistar definitivamente sus libertades, en nombre,—oh irrisión!—del civilismo, de ese civilismo grotesco que no sabemos todavía si es un gran circo o una bufonada de carnaval. Tenemos el derecho de creer que es un carnaval político, porque todos los componentes de ese civilismo están enmascarados.—(Aplausos y risas.)

A cada momento leemos en la prensa los discursos "sensacionales", los discursos "conmovedores", los discursos "reveladores" del general de Divi

sión Cándido Aguilar, que ponen a la concurrencia a punto de sufrir un ataque de alferecía; el general Aguilar, esa Magdalena del Civilismo, como arrepentido de su pasado, va de pueblo en pueblo diciendo: "los militares no servimos, los militares somos muy malos gobernantes, los militares gobernantes somos muy malos gobernantes militares, porque es propiedad de los militares gobernar militarmente a los pueblos, que están cansados de los militares, porque los militares todos tenemos tendencias militaristas y el militarismo es un producto de los militares".—(Aplausos e hilaridad general).—Y así va Aguilar... ¿Quién es Aguilar? ¿A quién interpreta Aguilar?... Todos sabemos, señores, que es una válvula oficial. Y mientras hace una jira, que no se ha sabido si es de circo o de carnaval, deja al candidato civilista haciendo el Tancredo en la ciudad de México, porque tienen miedo de que, si lo sacan a la jira, las rechiflas que cosechara a su paso por los Estados de la República, resucitarían en él aquella moral, aquella honradez y aquella modestia que en un momento de debilidad sacrificara el ingeniero Bonillas en la ciudad de Saltillo, cuando declaró que aceptaba su candidatura, antes de darse cuenta de la opinión pública, porque las "intemperancias de los obregonistas lo obligaban a contestar con otra intemperancia."

El ingeniero Bonillas, al llegar a la capital de la República pronunció un discurso memorable, que tiene que figurar en primera página en la historia del ridículo. Dijo entonces: "no creía yo que el cumplimiento de mi deber, hubiera abierto huellas tan hondas en el corazón de mis conciudadanos."

nos".—(Voces: "muera Bonillas".—El C. Obregón interrumpió su discurso al oír los "muertas" a Bonillas, y dijo: Voy a suplicarles que no pronuncien un solo "muera", porque se trata de un difunto político, y el respeto a los cadáveres debe alentar en cada uno de nosotros).—(Entusiastas aplausos).—Yo le contestaría desde esta tribuna al ingeniero Bonillas: lo que no sabe usted, de lo que no se ha dado cuenta usted, es de la huella tan honda, de la huella tan dolorosa, de la huella de miseria y de protesta que van dejando en el corazón de todos los conciudadanos, o mejor dicho, medio-conciudadanos de usted, los atentados que van cometándose en nombre del "civilismo" y que son ya el pan de cada día. Lo que no sabe usted, ingeniero Bonillas, es la huella de miseria, de hambre, y de dolor, que la candidatura de usted va marcando en los hogares de centenares de empleados públicos que están siendo lanzados a la calle, porque no han querido incorporarse a la mascarada que lo postula a usted. Lo que no sabe usted, es que son unos cuantos militares civilistas quienes, a falta de prestigio que poder presentar de entre el grupo que componen, fueron a buscarlo a usted como instrumento que sirviera para representar un sainete, que bien puede terminar en drama.

El ingeniero Bonillas terminó su memorable discurso con arrestos de gladiador, diciendo estas palabras: "si los generales Obregón y González no acatan la voluntad popular, sabremos entonces, con todo rigor, castigar las rebeldías de estos militares."

No es rebeldía del general Obregón. No es rebel-

más la prensa que se paga con el dinero del Erario para injuriar al candidato del pueblo, para desorientar al mismo pueblo, dé cuenta a la República de que pesan sobre mí delitos que nadie conocía, de que se forma alrededor de mí un proceso que me incapacitará para ser candidato a la Presidencia de la República, pero me compensará el fallo de mi conciencia y el de la opinión pública.

Ayer, el "ladrón de guayule", Francisco I. Madero, fue internado en la Penitenciaría de San Luis Potosí. El licenciado J. Natividad Macías, había sido el denunciante del "delito" y quien había preparado la incapacidad legal de don Francisco I. Madero, para continuar su jira triunfal democrática como candidato del pueblo. Es ahora el mismo Lic. Macías, todos lo sabemos, uno de los mentores oficiales de la actual administración. Es posible que ahora el "conspirador" Obregón, el "rebelde" Obregón, tenga que ir también a donde fué el "ladrón de guayule"; pero ya antes he dicho a qué fallo someteré el juicio.

¿Cuál es la soberanía de un pueblo? ¿Cuál es la autoridad suprema de un pueblo? En las repúblicas libres, cada ciudadano tiene una autoridad dentro de sus derechos y el conjunto de esas autoridades y de esos derechos individuales forma la autoridad suprema, que es la que debe regir a los pueblos democratas. Esa autoridad suprema, a la que tanto temen los déspotas, porque tritura sus tiranías y acaba con las dictaduras. Es por eso que ahora quieren quitar a cada ciudadano esa pequeña autoridad, que forma sus derechos cívicos para que no pueda sumarse la gran familia mexicana y formar un inmenso haz

de autoridades pequeñas y constituir la autoridad suprema. Es por eso que nos quieren quitar esos derechos, y para ello usarán de todos los procedimientos que sean necesarios.

Me ha cabido el honor de tener un auditorio tan viril y tan constante para dirigir estas palabras, que no sabemos, como antes decía, si serán las últimas que de mis labios escapen en público, para flagelar a los tiranos; pero, cuando se sirve a una causa, cuando se pone al servicio de la causa del pueblo el contingente de todo el sér y la energía de la vida misma, no se retrocede ante los amagos ni ante los escollos, y cuando vamos conscientes a defender una causa popular desafiando las iras de los déspotas, demostrando así al pueblo que no somos embaucadores, sino que sabemos compartir las vejaciones y las persecuciones y sabemos en los momentos difíciles ponernos al frente de nuestros partidarios, para ir serenamente a donde se nos llame, a responder con voz clara y precisa, a los cargos que se pretende hacer al candidato popular.

Ha sido un honor para mí, como antes decía, que en la capital del Estado de Nuevo León, cuna de tantos hombres ilustres, haya tenido la oportunidad de dar cuenta con estos mensajes, y protestarles, como lo he hecho, con claridad meridiana, con una claridad que honra a nuestra causa, y que me honra a mí mismo, que no retrocederé ante los escollos del camino por el que vamos hacia la conquista de nuestros derechos; que no habrá el oro suficiente para corromper mi conciencia, ni tendrán filo suficiente los sables de los pretorianos para intimidar mis convicciones. ¡Pueblo de Nuevo León!: que el pue-

blo de toda la Patria reciba por el digno conducto de vosotros, mis palabras de protesta, que, desde esta tribuna, dirijo en este día, que bien pudiera ser memorable, si así lo quieren nuestros improvisados tiranuelos. Vayan también mis frases de cariño y de gratitud al pueblo de la República, que ha respondido como un solo hombre, al llamado de la Verdad, de esa Verdad que algunos llaman injuria, de esa Verdad que congrega a nuestro alrededor a los pueblos en masa y que tanto temen los que no han cumplido con su deber, los que no pueden vivir conciliados con su conciencia, los que tienen en frente de sí el fantasma de tantos esqueletos de hombres muertos en la lucha, que claman justicia, los que tienen ante sí el espectro de tantas viudas, huérfanos y mutilados, que, como despojos gloriosos, dejara la Revolución Constitucionalista, y que, ahora, arrastran su miseria y una gran mayoría viven de caridad.

Vaya, pues, hijos de Nuevo León, mi gratitud y mi despedida.—(Entusiastas y prolongados aplausos).